

fundada sobre el éxito de tal sistema de exposición, de propaganda y de proselitismo, aspiración verdaderamente racional y práctica, no sólo es la más positiva, la más noble y la más eficaz de todas las propagandas, sino que constituye por sí misma la garantía previa de la justificación social futura y me parece superior al más bello ideal concebido por los soñadores futuristas.

Sea dicho con todos los respetos y deponiendo todo vestigio de animosidad: los sabios graduados por la Universidad suelen despreciar los juicios populares. Para ellos el socialismo de los pobres es un juicio simplista, semejante al del cándido ignorante que cree todavía en la genesiaca inmovilidad de la Tierra, y no hay quien le apee de que el día y la noche se deben a que el firmamento gire sobre sí mismo cada veinticuatro horas; error que tiene fundamento de fe, de tradición y aun apariencia de experiencia. Pero ¿no podría hallarse analogía con tales juicios simplistas de los ignorantes, de los desheredados, de los reducidos a sistemática ignorancia, la opinión de aquellos sabios, de aquellos doctores que tienen por invariable el actual régimen social? Ello es que en este caso concreto ignorantes y sabios ven a su modo un hecho, despojado de antecedentes y consiguientes; juzgan por la primera impresión; no saben ver, y la noción que recibe su cerebro es falsa.

A rectificar juicios de esa índole, a indicar sencillamente una orientación racional tiende hoy mi trabajo.

Los doctores del privilegio, teólogos ó naturalistas, han solido aconsejar la calma a los desheredados impacientes, y la paciencia fué virtud teologal y virtud cívica, según el punto de vista, premiada con promesas sobrenaturales y a veces temporales por benéficas sociedades burguesas; pero en el día, desde La Internacional, y posteriormente desde las crueles represiones gubernamentales subsiguientes a sus primeros movimientos, la calma es imposible; la antigua virtud ha perdido su pres-

tigio, y los trabajadores, conscientes de su derecho a la salud, piden a la ciencia frutos de justicia.

Mi presencia en esta tribuna representa esa demanda.

Dignificado por mi condición de obrero manual, elevado momentáneamente a esta tribuna después de una vida de cincuenta y tantos años de taller; libre de toda ambición como corresponde a un viejo septuagenario que quiere conservarse digno hasta su último momento, a los hombres de ciencia me dirijo, a los médicos del Instituto Médico Social, considerados, no ya como trabajadores intelectuales, denominación que divide y los separa de los trabajadores manuales, sino como compañeros de trabajo unidos todos en el concepto de la utilidad y la unidad social, y les expongo que vivimos en una sociedad en que se vive sin salud, se muere prematuramente, y que no debiera morir nadie antes de lo que pudiéramos llamar la hora fisiológica.

El hombre menoscabado en su vitalidad natural, el enfermo, lo es siempre por creencias erróneas, por injusticias sociales, por avidez de lucro. Aparte de otras muchas causas de limitación prematura de la vida, se padece hambre y envenenamiento: la alimentación es deficiente para el pobre en el campo, y en la ciudad, sobre deficiente, adulterada.

He aquí por que una corporación científica ha adoptado la siguiente resolución que merece ser imitada:

«El Sindicato Médico del Sena, que comprende París y sus suburbios, en vista de que los hechos demuestran que gran cantidad de los alimentos de uso diario son adulterados; considerando que los sindicatos médicos en general y los médicos en particular tienen el deber de defender la salud pública, decide continuar el estudio de las falsificaciones, exponiendo públicamente las irregularidades que resulten.»

Compañeros de trabajo he dicho; así se presentan, así quiero verlos, unidos en el pensamiento de defender la salud pública, y esto, no en la for-